

Devocional, domingo 09 de septiembre del 2018

Luego Nehemías añadió: «Ya pueden irse. Coman bien, tomen bebidas dulces y compartan su comida con quienes no tengan nada, porque este día ha sido consagrado a nuestro Señor. No estén tristes, pues el gozo del SEÑOR es nuestra fortaleza».
(Nehemías 8. 10)

La lectura de la ley de Dios provocó un hondo pesar en el pueblo de Israel. Si bien la obra primaria había concluido y los muros de Jerusalén y sus puertas habían sido reconstruidos en tan solo cincuenta y dos días (Neh. 6. 15), la obra incluía la reconstrucción también de los corazones de cada uno de ellos. No sólo los muros y las puertas estaban destruidas sino también sus propias vidas.

Entendieron que no solo era un problema material, físico, de defensa, de estrategia frente a los enemigos, a los que pretendían saquear o invadir la ciudad, sino que había algo más que debía ser reconstruido, sus vidas.

Y en esta dimensión no servía el esfuerzo humano, no bastaba la arenga de un líder carismático, no era suficiente la reconstrucción física de murallas o puertas, había que recuperar la fe, la confianza, la restauración del alma que vuelve a creer, que vuelve a esperanzarse, que vuelve a confiar, que vuelve a soñar.

Y por ello Nehemías cita a todo el pueblo a escuchar la lectura de la ley, la Palabra de Dios, provocando en ellos un verdadero quebranto (Neh. 8. 9) al entender cuán lejos habían estado de la obediencia a Dios. Dice el texto que desde la época de Josué (Neh. 8. 17), hacía 800 años app., que no se celebraba la fiesta de las Enramadas, algo instaurado por Dios mismo con el propósito de que no olvidaran la esclavitud en Egipto y la experiencia del desierto vivida en camino a la Tierra prometida.

Por esta razón es que Nehemías y Esdras invitan al pueblo a no estar tristes, sino muy por el contrario a estar alegres, a celebrar fiesta a Dios y a consagrar ese día como algo especial pues comenzaba la verdadera restauración, la del alma. Y por ello surge la profunda frase de Nehemías, quién dice **“No estén tristes pues el gozo del Señor es nuestra fortaleza”** (Neh. 8. 10).

Frase maravillosa que daba cuenta de la presencia de Dios en la historia de vida del pueblo, comprobada a través de su propia Palabra.

Todo concluía en la centralidad de la Palabra de Dios, sus promesas, sus proezas que le abrieron el paso al pueblo hacia la libertad, la historia de sus permanentes cuidados y provisión, su fidelidad a pesar de la incredulidad de ellos. Palabra bendita que da cuenta de la justicia y amor de Dios.

Por ello es que resulta clave para nuestra vida desarrollarla en torno a ésta misma Palabra, la de Dios, pues ella no ha pasado (ni pasará) y aún sigue animando, transformando, sanando y liberando nuestras vidas. Jesús dijo **“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás pasarán”** (Mt. 24. 35).

Les animamos a volver a la Palabra de Dios, a escudriñarla, a conocerla y estudiarla, pero por sobre todo a vivirla y obedecerla porque en ello hay verdadera restauración.

Iglesia Alianza Cordillera